

Traducir: un cuento de locos

Marina Fe

Hablar de traducción puede resultar particularmente difícil y hasta aburrido; sobre todo porque, a mi modo de ver, o se habla en términos más o menos teóricos o se describe, más o menos, la propia experiencia como traductor. En otras ocasiones he intentado lo primero y nunca he logrado poder decir gran cosa acerca de lo segundo (Wittgenstein diría que de lo que no se puede hablar más vale callar), por lo que en esta ocasión me he propuesto superar esta limitación; pero como sigue resultándome difícil, por no decir aburrido, he decidido ponerme a jugar con el tema —haciendo trampa incluso— valiéndome, a manera de pretexto, de un cuento de Claude-Emmanuelle Yance de la antología *Autores contemporáneos de Quebec*, que tradujimos Laura López y yo. (Por cierto que, hablando de género, este cuento, uno de los mejores de la antología, es el único escrito por una mujer). Volviendo al tema, digo que me permito hacer trampa porque creo que toda historia, todo cuento, le da cuerpo a una experiencia humana particular que sin embargo es “traducible”, en términos más generales, a una experiencia humana transcultural y transhistórica y es, en este sentido, una especie de alegoría.

En este cuento, nos enteramos desde el principio que el hombre estaba solo, encerrado en su departamento y escribiendo su peculiar diario. Después, iremos descubriendo, Jean-Denis parece haber enloquecido, ¿o todo sucedió tal y como lo escribe y lo describe en sus escritos? No hay respuesta, sólo un hombre muerto. Los extraños sucesos narrados —más descritos que narrados— son reconstruidos por quien (o quienes) al final “encontramos a Jean-Denis Vijeau, encogido sobre su silla” (p.73).

Yo traduzco este cuento fantástico acerca de un individuo aplastado, por así decirlo, por su propio espacio doméstico; un espacio que, según el diario de Jean-Denis, parece haber ido cerrándose poco a poco en torno suyo hasta confinarlo a una silla y asfixiarlo. Es un cuento que está escrito de forma muy impersonal, aparentemente: desde fuera. Como si quien narra hubiera asumido desde el principio esa distancia insalvable entre el lector del diario y el autor del mismo. En este sentido parecería tratarse de una historia narrada más por un lector que por un narrador, autor o como se quiera llamar. Esta estrategia, me digo, se parece a la del traductor: asumir la posición de ese lector que describe, que conserva su distancia, dejando hablar al “otro”. Por ejemplo, escribe Jean-Denis en las primeras páginas:

Sensación indefinible, dolorosa, esta mañana, frente a mi ventana. ¿Cómo explicarlo? Busco las palabras que... No una ausencia sino... Una cosa que se mueve dentro de mis ojos. Como si ya no tuviera todos sus puntos de apoyo, los de todos los días, cada vez que me encuentro justo ahí. Busco en vano el origen de este malestar. Repito el recorrido de mi paisaje habitual, todo parece estar en su lugar. Imposible luchar sin embargo contra una molestia imprecisa pero real que no siento en ninguna otra parte de la habitación. Una especie de pérdida de equilibrio. Es necesario que logre definir esto que experimento. Volver a la ventana varias veces el día de hoy para ver. (p.65)

122

Traduzco repitiendo las palabras de otro, me pongo en su lugar, pienso como otro o como otra que no soy yo. Y sin embargo soy yo quien escribe al traducir y me veo forzada a escribir de manera diferente, a partir de esta diferencia: diferencia en el sentido de lo distinto, pero también de lo que desplaza o es desplazado, cambiado de lugar, aplazado. Así, el texto traducido no es el mismo texto, es "otro" que de alguna manera me he apropiado yo. De alguna manera, porque de todos modos nunca será del todo mío como nunca serán mías las palabras de otro que yo trato, como en este cuento, de ordenar. Porque este texto, más que una mera paráfrasis del texto original (el diario de Jean-Denis), procura, como todo cuento, narrar una historia, darle cierto sentido a esta extraña serie de acontecimientos registrados en el diario, encontrar alguna explicación. Así, el narrador interviene, deduce: "El problema en su conjunto le parece relativamente claro [al protagonista], según parece tiene lugar entre el paisaje, su ventana y él" (p.66). Trata discretamente de hacer suyas las palabras de Jean-Denis Vijeau a pesar de la distancia insalvable entre el texto y la realidad:

La palabra *distancia*, dice, no surge con toda su luminosidad en la mente de Vijeau sino hasta más tarde en el día, con la lectura de sus notas. Su sorpresa es total y al principio se niega a ver en eso un dato esencial de su problema. Fiel a la consigna que se impuso el día anterior, se prohíbe ceder al movimiento que lo llevaría a la ventana para verificar inmediatamente la concordancia entre la palabra y la realidad. Pero parece que poco a poco esa palabra y esa realidad se imponen de tal forma a su pensamiento, que llegan a constituir el eje de sus interrogaciones [...] (p.67).

Conforme voy leyendo (y traduciendo) el cuento, sigo este mismo proceso de apropiación, hago "como si" yo escribiera el cuento, como si yo leyera el diario en un intento de explicar la historia detrás del texto, de encontrar un significado. Como un buen lector, el traductor se mete al texto, trata, incluso sin querer, de anular la distancia, lee a su manera: "Para el 18 de enero no se lee más que una sola palabra: angustia" (p.69). ¿Quién no lee más que esta

palabra? ¿Por qué el resto del texto “o bien está tachoneado o bien ilegible” (p.69)? El autor-lector me obliga, nos obliga, a seguir de cerca sus propios procedimientos. Explica:

El análisis del conjunto de esos documentos no puede dejar de inquietar al que quiera comprender de buena fe esa parte de la vida de Jean-Denis Vijeau. ¿Por qué sus observaciones están hechas estrictamente a partir de un punto interior? ¿No se le ocurrió nunca la idea de recurrir a los geómetras, a los arquitectos, para verificar sus hipótesis en la realidad? ¿Era consciente de lo extraño de su aventura o se encontraba ya demasiado preso de su mirada interior para pensar en las consecuencias de lo que estaba sucediendo frente a sus ojos? Y por lo demás, ¿estaba realmente sucediendo algo o...? (p.70)

123

Estas preguntas resultan muy sugerentes: en primer lugar, porque quien narra insiste con ellas en anular la distancia frente al “actor”; en segundo lugar, porque trata de “comprender de buena fe” lo sucedido; y en tercer lugar, porque humildemente confiesa su incapacidad para entender cabalmente: “¿estaba realmente sucediendo algo o...?”

El cuento se llama “Nada tiene sentido más que interior” y el título, me parece, sugiere que el “sentido” sólo tiene lugar como proceso de interiorización, y necesariamente cada quien, cada lectura incluso, descubre un sentido distinto. Con esto quiero decir que la lectura, y la traducción en tanto que lectura, no puede dejar de ser subjetiva: el texto que leo y que traduzco “no tiene sentido más que interior” y mi compromiso es penetrar esa interioridad no para explicarla sino quizás solamente para “comprender de buena fe” (p.70). Creo que el “sentido”, no es una esencia o una verdad sino más bien una *dirección* que, en este caso (y quizá en todo caso), es justamente de afuera hacia adentro y después a la inversa. El narrador o narradora de este cuento hace una pausa que yo aprovecho como comentario alegórico sobre cierto tipo de traductor:

Y aquí resulta necesario tratar de comprender un poco mejor el carácter del testigo (o del autor) del fenómeno que nos ocupa. Es un hombre sencillo, que vive solo, y cuyas actividades se reducen a la lectura y a la reflexión. Está acostumbrado a las demostraciones cuidadosas y a las argumentaciones rigurosas. Y en cierto sentido, desconfía de todo lo que concierne a las impresiones, de todo lo que se relaciona con los sentimientos, aun cuando no puede negar su importancia e incluso su atractivo. Lo que busca ante todo es una justa visión de las cosas, una comprensión exenta de esa mezcla dudosa que las impresiones y los sentimientos depositan en el pensamiento. A partir de ahí, las cosas son más verdaderas para él si su persona no está involucrada, si él no participa de ninguna manera en su nacimiento, en su evolución, si todo eso se mueve en un espacio que no tiene nada que ver con el suyo

propio. Desde esta perspectiva, se comprende la terrible inseguridad que provoca en Vijeán la relación entre la forma del paisaje y la forma de su ojo. ¿No resulta ilusorio creer en la posibilidad de una investigación [o de una traducción] objetiva e imparcial?" (pp. 68-69).

124 Pierre Menard, el de Borges, pretende no traducir sino escribir el Quijote (no una versión particular de la obra de Cervantes sino la misma obra, *Don Quijote de la Mancha*). Este es quizá el caso límite de un escritor que se apropia de la obra de otro y que procura repetir exactamente cada palabra del texto original. Su éxito es relativo, ya que no se puede leer de la misma manera un texto escrito por Cervantes en su época, que un texto escrito por Menard en la suya, aunque ambos sean tan parecidos, casi idénticos. Algo ha cambiado: la lectura transforma a la escritura, la objetividad y la imparcialidad resultan imposibles.

Tanto el cuento de Borges como el de Claude-Emmanuelle Yance poco o nada tienen que ver con la traducción (aunque el de Borges siempre sale a discusión entre traductores): son cuentos acerca de hombres solitarios que parecen haber enloquecido en el proceso de escribir: uno, Jean-Denis, su propia experiencia en el espacio y otro, Menard, su experiencia en el tiempo, por así decirlo. A veces los traductores también corremos ese riesgo.